Apología— Robert Barclay — 466

Guerra y venganza

extracto de la Proposición XV § xiii

§ xiii. La sexta y última afirmación que debemos considerar trata de la venganza y la guerra; un mal tan contrario y opuesto al Espíritu y a la doctrina de Cristo, como lo es la Luz a las tinieblas. Partiendo de lo dicho es evidente que, por desprecio de la ley de Cristo, el mundo está lleno de juramentos, groserías, blasfemias, y horrorosas perjurias. Por desprecio de la misma ley, el mundo está lleno de violencia, opresión, asesinatos, violación de mujeres y vírgenes, saqueos, pillajes, incendios, asolaciones, y todo tipo de lascivia y crueldad. ¡Cuán raro es que los seres humanos, hechos a la imagen de Dios, hayan podido degenerar al extremo que más demuestran la imagen y naturaleza de leones rugientes, tigres desgarrantes, lobos devoradores, y osos[1] feroces que la de criaturas racionales dotadas con inteligencia! Mucho más asombroso es que este horrible monstruo pueda colarse y desarrollarse dentro de aquellos que se profesan discípulos de nuestro pacífico Señor y Maestro Jesucristo, por excelencia llamado Príncipe de Paz, quien ha prohibido muy claramente a sus hijos toda violencia, quien al contrario les ha mandado que, según su ejemplo, deben practicar paciencia, amor, tolerancia, y otras virtudes dignas del cristiano.

Escuchad entonces lo que dice este gran Profeta a quien cada alma tiene que escuchar bajo pena de expulsión. Dijo: "Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale

[1] del latín; en inglés “boars,” javalíes.

también la capa; y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, vé con él dos. Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo rehúses. Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles? Sed, pues vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto" (Mateo 5:38 hasta el final del capítulo).

Estas palabras sobre la venganza, al igual que lo dicho antes sobre los juramentos, prohiben ciertas cosas que antes eran lícitas para los judíos dada su condición y dispensación; pero estas palabras mandan a quienes quieren ser discípulos de Cristo a tener un entendimiento más perfecto y completo del significado de la caridad, la paciencia y el sufrimiento que era requerido de los judios en aquel tiempo, condición y dispensación por la ley de Moisés. Tal es el parecer de la mayoría, si no de todos, los llamados Padres de la iglesia durante los primeros trescientos años después de Cristo, y también de muchos otros, y en general de todos quienes han entendido y enseñado correctamente la ley de Cristo tocante a los juramentos....

Queda claro que hay una fuerte conección entre estos dos preceptos de Cristo. Los dijo y mandó al mismo tiempo, y fueron recibidos de la misma manera por gente de todos los tiempos, no sólo en las primeras predicaciones del pequeño grupo de discípulos, sino también después del incremento de los cristianos en los primeros trescientos años. También durante la apostasía no abandonaron ni

rechazaron uno sin rechazar también el otro. Hoy en día en la restitución y la renovada predicación del Evangelio eterno, los dos son reconocidos como leyes eternas e inalterables, pertenecientes a la condición evangélica y su perfección. Si acaso alguien se aparta de esa condición, se queda corto de la perfección de un cristiano.

De verdad estas palabras son tan claras en sí mismas que según mi criterio no necesitan ningún ejemplo para explicar su sentido. Sería más fácil reconciliar todas las más grandes contradicciones que reconciliar estas leyes de nuestro Señor Jesucristo con la práctica inicua de las guerras, porque son obviamente inconsistentes. Cualquiera que pueda reconciliar "No resistáis al que es malo" con "Resistid la violencia por la fuerza"; o una vez más, "Vuelve también la otra mejilla" con "golpea al que te golpea"; o también, "Amad a vuestros enemigos" con "despojadlos, capturadlos a fuego y espada"; o por otra parte, "orad por los que os ultrajan y os persiguen" con "perseguid con multas, prisiones y la misma muerte a aquellos quienes no sólo no os persiguen sino también de corazón desean y procuran vuestro bienestar tanto eterno como temporal" — digo, cualquiera que pueda encontrar un medio para reconciliar estas cosas, bien se puede suponer que también ha encontrado una forma de reconciliar a Dios con el demonio, a Cristo con el Anti-Cristo, la Luz con las Tinieblas, el bien con el mal. Pero si esto resulta tan imposible como lo es, lo otro también resultará imposible; y los seres humanos no hacen más que engañarse a sí mismos y a los demás mientras que atrevidos se aventuran a establecer tales cosas absurdas e imposibles.

Fuentes: Robert Barclay, *Apology for the True Christian Divinity*, Proposition XV § xiii (Glenside PA: Quaker Heritage Press, 2002) pp. 466-469 y Roberti Barclaii, *Teologiae verè Christianae apologia*, facsimile (Amsterdam: Jacob Claus, 1676) pp. 362-364.